Cuando pienso en mi padre

José Miguel Martínez Neghme

ÍNDICE

I. DIARIO DE MUERTE 11

2. DIARIO DE VIDA 91

3. DIEZ AÑOS DESPUÉS 245

A la memoria de mi padre, Gerardo Martínez Rodríguez.
A mi hijo, Santos Martínez Billeke.

Mi padre se fue alejando, naturalmente, de mi mundo. Mas al llegar el momento de razonar sobre mis actos, los ajenos y el posible origen de todo, me hizo una falta casi dolorosa. Un padre, aunque uno no le haga partícipe de su conflicto, fortalece por presencia.

José Santos González Vera

Con la muerte de mi padre aprendí que él me había protegido a mí, su hijo, por el simple hecho de estar vivo. No es algo que se haga de forma consciente: no se trata de un pacto entre humanos ni de una cuestión de amor filial. Se trata de algo que nace de la simple relación entre un padre y un hijo y es, sin duda, el vínculo más genuino que puede existir entre ambos.

Yasushi Inoue

Tú me conoces mejor que nadie
y sabes que lucho y lucho y lucho por dejar de decir
esas palabras tan tristes que te enseñé.

Jorge González, "*Hijo amado*"

I

DIARIO DE MUERTE

Cuánta inocencia ahora
que la muerte prepara tu bautismo
Enrique Lihn

SPECTRES

Together and we're close
Of parties years ago
From dreams and stories told
Spectres are coming soon
De Rosa

El último año de su vida, el 2015, mi viejo pasaba muriéndose de tanto en tanto.

Cuando le venía una de esas crisis en que perdía el conocimiento por horas o días enteros —la noche de mi matrimonio, donde no pudo estar presente, fue una de esas ocasiones—, mi madre me decía que tenía que despedirme de él, y entonces yo viajaba desde Puerto Varas a Santiago para acompañarlo en sus últimos momentos. Pero mi viejo siempre fue testarudo y no cedió a la muerte tan fácilmente.

En ese 2015 enrarecido en que llegué a vivir al sur, en que hizo erupción el volcán Calbuco, en que me casé, en que publiqué mi segundo libro, en que mi ex mujer quedó embarazada, en que murió la abuela de ella, en que murió mi viejo también;

en ese año enrarecido, decía, recuerdo que escuchaba ciertos temas que, de alguna manera, funcionaban como una banda sonora de los momentos vividos entonces.

A fines de ese año, mi viejo tuvo la última de sus crisis. En esos días De Rosa, una banda escocesa que me gustaba mucho y que conocí a través de Mogwai —otra favorita de la casa, también escocesa—, subió a YouTube *Spectres*, el single de *Weem*, su tercer y último álbum antes de que se separaran.

De Rosa fue una banda de indie rock, oriunda de Lanarkshire y fundada por Martin John Henry, quien cantaba las letras de sus canciones en un marcado acento escocés (este matiz es bello cuando uno está tan acostumbrado a escuchar letras en inglés con acento gringo). *Spectres*, en particular, es un tema que versa sobre fantasmas:

All the big family
Eternal shire of ghosts
Each phantom shadowed in
Somebody they have known

El tema fue subido el fin de semana en que mi madre me llamó para decirme que mi viejo, una vez más, se moría, que llevaba un día entero dormido y que tenía que viajar a Santiago si quería alcanzar a despedirme de él. Así lo hice. En el avión escuchaba *Spectres* una y otra vez, en repetición, como un mantra; sus guitarras etéreas y el aura de su ritmo parecían marcar el tono de lo que sería ese fin de semana.

Cuando llegué al departamento de mis padres, pasé directo a la habitación donde yacía mi viejo. Tenía muy mal aspecto: el Párkinson lo había consumido y estaba en los huesos. María Elena, su cuidadora, me dijo que me dejaría solo con

él, para que pudiera despedirme. No recuerdo si era mañana o tarde, o tal vez de noche; sólo recuerdo que una luz tenue, crepuscular, envolvía a esa habitación.

Cuando nos quedamos solos, me senté frente a mi viejo y, agarrando su mano huesuda entre las mías, la sostuve con fuerza, la suficiente como para que él sintiera en sus sueños, tal vez, que yo estaba allí presente. Y mientras cogía su mano, ligeramente elevada de su cuerpo, en ese apretón filial ahí en el aire, hundí la cabeza entre mis hombros y, con la vista nublada y fija en el piso, dejé que las lágrimas fluyeran mientras mi viejo —su boca apenas abierta, sus párpados bien cerrados— seguía durmiendo profundamente.

Después de ese momento, salí a vagar por la ciudad, caminando, melancólico, escuchando *Spectres* en mis audífonos una y otra vez. El tema no guardaba ninguna relación con mi viejo ni con el tipo de música que le gustaba a él —música clásica, bandas navales, rock & roll y country cincuentero y sesentero, canciones napolitanas de Renato Carosone—, pero inevitablemente quedó grabado en mi interior como un tema asociado a mi viejo, agonizante, en su eventual lecho de muerte.

Al rato, aún caminando, recibí un llamado de mi madre diciendo que mi viejo había despertado. Volví corriendo al departamento y ahí estaba él, con las pepas abiertas, sin conocimiento de lo que había ocurrido ni del desconcierto que habíamos vivido en las horas previas. Al día siguiente, como si nada hubiera pasado, salimos a tomar un café a la vuelta de la esquina y no conversamos de lo acontecido (no era típico de nosotros, como familia, el profundizar en la muerte; mucho menos en nuestras emociones). Después del café, paseamos por la plaza del barrio y María Elena nos

sacó una foto juntos, mi viejo en la silla de ruedas y yo detrás, guiando el camino.



Esa fue la última foto que tengo con mi viejo.

Esa fue la última vez que estuvimos juntos.

Tres semanas después, él fallecería.

Lo que quiero decir es esto: en cierto momento de la vida se descubre que la música, o ciertos temas musicales, nos abren los recuerdos. También se descubre que hay temas que están asociados a una imagen concreta de la memoria, o a una emoción muy específica que vive recóndita en nosotros. Esa emoción es, por lo general, volátil y difícil de asir, como un espectro. Pero escuchando estos temas, tatuados ya en el espíritu, se puede revivir al fantasma de la emoción que los contiene.

La evocación de los últimos días de mi viejo, asociada a *Spectres*, me estremece todavía. Hay ocasiones en que, cuando salgo a caminar al final de la jornada con mi perra Mate por las calles vacías de Frutillar Alto, y el frío de la noche nos acuna a

ambos con su brisa fresca, *Spectres* suena de pronto en la lista aleatoria de canciones. Entonces siento como si aún estuviera en esa habitación crepuscular, junto a mi viejo moribundo, y aunque el tema me nubla los ojos y me aprieta la garganta, no puedo sino sentir gratitud por la banda escocesa y su capacidad de revivir en mí, una década después, ese momento junto a él, y de hacerme sentir de forma tan palpable su mano, frágil y huesuda, aún viva entre las mías.

SOÑAR LA CASA

Lo primero es soñar la casa, la intimidad.
Soñar en los límites, donde el recuerdo es secreto y nítido.
La casa puede leerse sin sus moradores, que no pueden
leerse sin una casa.
CARLOS COCIÑA, *LA CASA DEVASTADA*

Tiempo después de la muerte de mi viejo, soñé que volvía a la casa de mi infancia. Todo estaba cambiado, pero sus bibliotecas seguían exactamente iguales a como él las había dejado: los mismos libros, las mismas fotografías familiares, todo permanecía en su lugar, aún después del paso inexorable de los años. Al rato se aparecía mi viejo y yo me percataba de un detalle importante: que, en el sueño, se reproducía el sonido de su voz. También me acompañaba mi hijo, por lo que mi viejo y su nieto, en un acto que nunca ocurrió en vida, se encontraban cara a cara y conversaban. El encuentro, eso sí, era casual, como si ambos se hubieran visto muchas veces antes.

*

Durante algo más de una década he ido anotando estos sueños que se repiten sobre mi viejo y la casa en la que nací y crecí hasta los dieciocho años. Ambos están íntimamente ligados: mi viejo y la casa. Y si los he anotado se debe a que no tengo muchos recuerdos de mi infancia. En mis sueños, por lo general, mi viejo aún tiene Párkinson. La imagen de él sin enfermedad parece difusa, un recuerdo diluido por la lluvia mental de otros recuerdos. El sueño más antiguo que anoté data del 2012 y dice así: "Reunión familiar en el living de Nevería 5031. El hijo de un primo, que tendría dos o tres años, lloraba. Yo lo tomaba en brazos para calmarlo, pero él se resistía diciendo *quiero ver a mi papá*, a pesar de haber estado llorando en los brazos de su padre segundos antes de que yo lo tomara. Entonces le devolvía la guagua a mi primo y luego iba a refugiarme a mi lugar favorito de la casa: el tejado, al que se accede a través de la ventana de un baño en el segundo nivel. Cuando yo era niño, no había edificios enfrente construidos y la cordillera de Los Andes se veía imponente, sin ningún obstáculo que la bloqueara. Ahora, en cambio, en el sueño, un galpón gigantesco, oscuro y venido a menos, cubre la vista hacia el horizonte. En general, y al igual que en otros sueños que he tenido sobre esta casa, hay una potente sensación de antigüedad que lo cubre todo".

*

Mucho se ha escrito de los sueños, de sus símbolos, de sus posibles interpretaciones y significados, sobre todo en relación a la infancia perdida. El secreto de los sueños —y de lo que fue nuestra niñez— es similar, en ese sentido, al de la muerte: ninguna explicación puede dar cuenta de la inmensidad total del

misterio. Algunos han tratado: Joyce dijo que en los sueños todas las edades se convierten en una. Schopenhauer, que la vida y el sueño eran las hojas de un mismo libro que, al dormir, hojeábamos ociosamente, sin orden ni concierto. Para Freud, que dedicó una vida entera a su interpretación, los sueños de la infancia podían describirse como sustitutos de escenas infantiles que se han modificado, transfiriéndolas a experiencias recientes: "la escena infantil", escribió, "es incapaz de volver en propiedad y tiene que conformarse con retornar como sueño". El ensayista Al Alvarez, en su libro *La noche*, desestima buena parte de las teorías freudianas, pero encuentra valor en una idea del austriaco que denomina "revisión secundaria"; esto es, que los sueños inevitablemente deben ser traducidos al lenguaje verbal, dotando así al torbellino de imágenes fortuitas de una estructura narrativa. El problema, por lo menos para mí, es que el lenguaje siempre contiene un error al transmitir la experiencia del sueño, como si al ponerlo en palabras uno lo traicionara, porque nunca, al escribirlo, será lo mismo que se experimentó en el mundo onírico. ¿Qué hacer, entonces?

*

Andréi Tarkovsky, en su libro *Esculpir en el tiempo*, escribió que en un momento determinado de su adultez, las imágenes de su infancia, que lo habían perseguido durante años, se desvanecieron repentinamente: "Dejé de ver en mis sueños la casa en la que habíamos vivido hacía tanto tiempo". Tanto agobio le produjo esta desaparición, que tuvo que reconstruir por completo la casa de su niñez en una de sus películas: *El espejo*. Es, probablemente, un impulso similar al del ruso el que me empuja a escribir estas palabras sobre mi viejo y la casa de Nevería.

¿Por qué los anoto, este amasijo de sueños? Para no olvidar. Para que, dentro de diez años más, me abran el recuerdo de mi viejo y de la casa y sus espacios perdidos en la memoria. Para volver a sentir, aunque sea tenuemente, la misma impresión que tuve al soñarlos, su evanescente experiencia, las sensaciones espaciales que, diluidas, vuelven a mí mediante la imagen onírica y mi ser, dentro o fuera de esa imagen.

*

La principal prueba, tal vez, de lo que pudo ser nuestra infancia, se encuentra en esas imágenes del mundo de los sueños. No como recuerdos concretos, por supuesto, ni siquiera reales, pero sí verdaderos: imágenes cargadas de una emotividad que le otorga significado a nuestra existencia. A veces, en el mundo onírico, se pueden vivir experiencias emotivas más intensas que en la vida material misma. Un ejemplo: al mes después de que mi viejo falleciera, soñé que estaba en una reunión familiar y que tenía que irme de viaje. Mi viejo estaba allí. Momentos antes de partir, yo me despedía uno a uno de mis familiares. La situación era cotidiana: mi viejo, de pie en una esquina, esperaba tranquilamente su turno para despedirse. Entonces, al llegar hasta él, nos dábamos un abrazo largo y tendido. Y mientras lo abrazaba, en el sueño, yo sabía que después de ese abrazo no íbamos a volver a vernos. Así que lo abrazaba aún más fuerte. Al despertar, comentándole el sueño a mi mujer, nos preguntamos cuánto de psicológico y cuánto de esoterismo habría en la confección onírica. Cuánto del sueño era construcción de la mente —administradora errática de los recuerdos— y cuánto era, como planteaba en su escena final *Waking Life* de Richard Linklater, un potencial contacto

con el mundo de los muertos. Pero, al final, concluimos que si el abrazo con mi viejo había sido tan real y tan sentido emocionalmente... ¿qué importaba la respuesta?

MI VIEJO Y EL WÉSTERN

The noonday train will bring Frank Miller
If I'm a man I must be brave
And I must face that deadly killer
Or lie a coward, a craven coward
Or lie a coward in my grave
DIMITRI TIOMKIN, "*THE BALLAD OF HIGH NOON*"

10:30

El wéstern favorito de mi viejo era *High Noon*, con Gary Cooper. *A la hora señalada*, era su traducción al español. Mi viejo siempre elaboraba sus apreciaciones del género usando de ejemplo esa película. A veces discrepábamos: él hacía un panegírico de los wésterns clásicos, mientras yo defendía los spaguetti wéstern. Mi viejo decía que el wéstern clásico hablaba de una historia moral, psicológica, como en *High Noon*, por ejemplo, donde vemos la espera solitaria de un sheriff retirado; el pueblo lo ha abandonado y él espera ese tren inevitable donde viene el forajido Miller, para enfrentarlo. En ese mo-